

# POLITICO estudios MILITARES

Programa de Estudios Fuerzas Armadas y Sociedad  
año 1 - número 1 - 1<sup>er</sup> semestre 2001

## Contenido

Presentación por Carlos Gutiérrez .....	3
La seguridad nacional de Estados Unidos : reconceptualización y tendencias por Lilia Bermúdez Torres .....	5
La elección del F-16 : una definición orientada por el peso de la historia por Alejandro Iturra .....	37
Chiapas : Crisis y ruptura de la cohesión social Desafíos de la negociación hacia el siglo XXI por Raúl Benítez Manaut .....	53
<b>El predominio de las oligarquías y la prusianización de los ejércitos de Chile y Bolivia (1880-1930)</b> por Patricio Quiroga Z. ....	75
Militares chilenos : Informe revelador por Carlos Gutiérrez y Hernán Soto .....	95

**Universidad ARCIS**  
**Programa de Estudios Fuerzas Armadas y Sociedad**

**ESTUDIOS POLITICO MILITARES**  
año 1 - número 1 - 1<sup>er</sup> semestre 2001

**Director**

Carlos Gutiérrez

**Editores**

Juan Domingo Silva  
Antonio Cavalla  
Productor  
Jean Becker

**Consejo**

Patricio Quiroga  
Alejandro Iturra  
Verónica Ruz  
Carlos Zarricueta  
Juan Jorge Faúndez  
Mario Preger

**Consejo Internacional**

Lilia Bermúdez - México  
Raúl Benítez - México  
Ursula Oswald - Estados Unidos  
Ricardo Córdova - El Salvador  
Edelberto Torres Rivas - Costa Rica  
Selva López - Uruguay

Moneda 1490  
Santiago - Chile

Fono : 56 2 - 386 6515

correo electrónico : [cagutierrez@universidadarcis.cl](mailto:cagutierrez@universidadarcis.cl)

**Impresión**

Gráfica Suiza

ISSN 0717/6392

Santiago de Chile, Abril 2001

---

# El predominio de las oligarquías y la prusianización de los ejércitos de Chile y Bolivia (1880-1930)

por **Patricio Quiroga Z.**,  
Doctor en Historia e integrante del  
Programa de Estudios Fuerzas Armadas y  
Sociedad, Universidad ARCIS.

---

## Presentación

La presente investigación de historia comparada interrelaciona el impacto prusiano-alemán en los ejércitos de Bolivia y Chile, en un contexto histórico universal caracterizado por cambios en la acumulación capitalista, de expansión del sistema colonial y de formación de la dominación oligárquica en nuestra América.

El análisis comparado sugiere que en ambos países predominó un período caracterizado por la captura del Estado por las oligarquías, momento a partir del cual apareció un nuevo sistema político, un nuevo modelo económico, una cultura de exclusión y nuevas formas de coerción social; la influencia germana contribuyó a la aparición de una mentalidad militar autoritaria.

## I. Introducción

Nuestra América rebosa de variadas formas de anclaje cultural, muchas de ellas varadas en ya lejanos episodios, como fueron los procesos de «*prusianización*» que afectaron a los ejércitos de varias de nuestras naciones.

Aún hoy, el uso del yelmo puntiagudo, del monóculo o el marcial «*paso de ganso*», continúan causando simpatía o curiosidad, sin que nos preguntemos que se esconde tras estas manifestaciones. En Chile, por ejemplo, las Fuerzas Armadas siguen desplazándose al son de la marcha *Radetzky*, ignorándose por completo que esta fue compuesta por Johann Strauss (padre) quien, con su *Radetzky -Marsch* Op. 228, ofrendó una pieza sublime al verdugo de las aspiraciones democrático-republicanas austriacas

(1848). Me refiero al jefe del Estado Mayor austriaco, Joseph von Radetzky. Pero, esto no alcanza a ser diáfanoamente percibido por nuestras culturas y, como señala el filósofo Víctor Farías, en un texto de reciente aparición, “*la importante y en muchos casos positiva influencia científica, cultural y técnica alemana se ha realizado más bien en el anonimato institucional*”<sup>1</sup>. Es sobre este anonimato institucional que pretendemos inquirir detalles trabajando sobre estos silencios de la historia en ambas naciones.

En una región en la que predominó el «cuartelazo» (ayer) y los golpes de Estado-institucionales (hoy) se torna imprescindible el estudio de las Fuerzas Armadas desde las más diversas facetas, siendo una de ellas la exploración de hipótesis que indican que hubo una gran colaboración entre ejércitos «*prusianizados*» en la región, de lo que se desprende la posibilidad de existencia de una identidad autoritaria que contribuyó a cimentar el rol de la oligarquía y que proyecta su sombra sobre la mentalidad autoritaria que caracteriza a las Fuerzas Armadas de ambos países, a lo menos.

La exploración bibliográfica indica que es poco lo que la historiografía ha logrado avanzar al respecto, tanto en Chile como en Bolivia. Además de los problemas con las fuentes (en idioma alemán), en el caso chileno el tema sólo ha sido tratado por Quiroga y Maldonado<sup>2</sup> y, tangencialmente, por Vial Correa<sup>3</sup> y Arriagada<sup>4</sup>; en Bolivia, lo aborda referencialmente Díaz Argüelles<sup>5</sup> y un capítulo de Dunkerley<sup>6</sup>. Por esta razón, los aportes del alemán Schaefer<sup>7</sup> y del húngaro Fischer<sup>8</sup> resultan inapreciables, porque nos ponen sobre pistas de un fenómeno que ha pasado prácticamente desapercibido en la historia de América Latina, a pesar de la enorme importancia que tiene. La influencia prusiana se encuentra, directa o indirectamente, en los ejércitos de Chile, Argentina, Bolivia, Paraguay Ecuador, Venezuela, Colombia, México, El Salvador, Nicaragua, Honduras y Guatemala. Es tal su ascendiente que, en 1938, los EEUU debieron poner en ejecución los planes «*naranja*» para contrarrestar la presencia germana<sup>9</sup>, de manera que nuestra investigación al referirse sólo a los casos de Chile y Bolivia muestra sólo la punta de un iceberg.

Desde un punto de vista teórico-metodológico, nuestro aporte al tema se sustenta en la teoría del Estado, problematiza la historia desde la teoría crítica, emplea la historia política y militar comparada y se encuadra en un marco temporo-espacial ubicado en la región sudamericana entre 1880-1930. Opta, además, por una radical ruptura con el ideal clásico positivista de la «*objetividad científica*» y su reemplazo por valores democráticos y latinoamericanistas.

<sup>1</sup> Farías, Víctor. *Los nazis en Chile*. Ed. Seix Barral. Santiago, Chile. 2000. Pág. 361.

<sup>2</sup> Quiroga, Patricio y Maldonado, Carlos. *El prusianismo en las Fuerzas Armadas chilenas (1885-1945)*. Editorial Documentas. Santiago, Chile. 1988.

<sup>3</sup> Vial Correa, Gonzalo. *Historia de Chile (1891-1973)*, Editorial Santillana. Vol. I, Tomos I y II. Santiago, Chile. 1989.

<sup>4</sup> Arriagada, Genaro. *El pensamiento político de los militares*. Editorial Aconcagua. Santiago, Chile. 1986.

<sup>5</sup> Díaz Argüelles, Julio. *Historia del ejército de Bolivia, 1925-1932*. La Paz, Bolivia. 1940.

<sup>6</sup> Dunkerley, James. *Orígenes del poder militar*. Editorial Quipus. La Paz, Bolivia. 1987.

<sup>7</sup> Schaefer, Jürgen. *Deutsche Militärhilfe an Südamerika*. Bertelsmann Universitätsverlag, Alemania. 1974.

<sup>8</sup> Fischer, Ferenc. *El modelo militar prusiano y las Fuerzas Armadas de Chile*. Editorial University Press. Pécs, Hungría. 1999.

*El modelo prusiano*

Para comprender a cabalidad el impacto del prusianismo en América latina es menester enfocar algunos aspectos gravitantes de la historia de Alemania, para lo cual partiremos recordando que Brandenburgo fue colonizado por monjes cistercienses; que en Prusia dominaron los caballeros teutónicos, ascetas que sometieron a los prusianos para luego importar colonos alemanes, nobles o burgueses; y que, en 1525, se precipitaron hechos históricos que culminaron con la disolución de la Orden, se inició el dominio de la dinastía de los Hohenzollern y el paso al luteranismo, cambios cimentados en la institución del «*Junkertum*», en el desarrollo de una eficiente burocracia, con técnicas comerciales, y un fuerte ejército, partes integrantes de un fenómeno mayor como fue la aparición de un poderoso Estado. Este proceso culminó en 1772, cuando Federico II (El Grande) conquistó las tierras que separaban la Marca de Brandenburgo y los dominios de Prusia, dando inicio a un episodio gravitante y de insospechadas consecuencias para América latina, que por ese entonces vivía la «*siesta colonial*», de insospechadas consecuencias porque el poderoso monarca moldeó dos de las grandes características de la experiencia prusiana: el militarismo y la Estadolatría.

El “*militarismo*” debe entenderse como una forma de Estado en la cual el Ejército jugó un papel preponderante. La disciplina y la sujeción incondicional llegaron a un límite muy raramente alcanzado por nación alguna. De hecho, la población local, en su mayoría, llegó a participar de una idea colectiva: la sublimación de lo militar, acompañada de la idea-fuerza de la expansión fuera de sus propias fronteras por medios bélicos, apareciendo una ideología que consolidó, en el plano de la visión-de-mundo, formas militares de relaciones. Prusia fue el primer país que forjó un ejército permanente, preparado y organizado para la guerra moderna, reduciendo al individuo a un mero engranaje de la maquinaria militar, aspecto reflejado por las regulaciones de 1726 que señalan: «*Cuando se ha prestado juramento a la bandera se renuncia a sí mismo, y se rinde la propia vida al monarca para cumplir con la voluntad del Señor; y por esta ciega obediencia se recibe la gracia y la confirmación del título de soldado*».

Por otra parte, como señala E. Kahler, «*el Estado como institución adquirió para ellos una importancia abrumadora. Llegó a ser una entidad abstracta, divorciada de los miles de seres humanos que lo constituían, los gobernantes prusianos llegaron a sentir que su principal obligación no era para con sus súbditos, sino para con la entidad abstracta, el Estado*»<sup>10</sup>. Son estos, entonces, algunos de los razonamientos que habrían de impactar en las élites dirigentes latinoamericana-

<sup>9</sup> Minello, Nelson. «*Las relaciones militares entre los Estado Unidos y América Latina. Un intento de análisis*» En: Cuadernos Semestrales. CIDE. México. 1978. Pág. 204.

<sup>10</sup> Kahler, Erich. *Los Alemanes*. FCE, México. 1977. Pág. 295.

nas. Poco después de un siglo, la presencia prusiana se haría sentir trayendo consigo una racionalidad caracterizada por una ciega devoción al Estado, a la élite dirigente, a la eficiencia económica y a un nuevo credo que había desplazado a la teología y la filosofía por la ciencia, mereciendo una mención aparte las tradiciones militares. En fin; este fue el espíritu que impregnó a Prusia mucho antes de expandir su influencia sobre cerca de una docena de Estados latinoamericanos.

En 1866, luego de la victoria prusiana sobre los ejércitos austriacos, comenzó la prusianización de Alemania, seguida de una fase expansiva luego de un nuevo triunfo en la guerra franco-prusiana de 1871, momento a partir del cual se inauguró la entrada de Alemania en el concierto mundial, empresa conducida sagazmente por Otto von Bismarck quien, sin embargo, fue destituido en 1890 por Guillermo II, iniciándose un período en que Alemania comenzó a comportarse como una “nueva rica”, inmiscuyéndose en un orden mundial ya precario al que introdujo lo que hoy se conoce en economía como «*dumping*», a lo que sumó la exigencia del reconocimiento internacional a sus aspiraciones de ser potencia colonial. Los *Junker*, es decir la nobleza y la oficialidad, a los que se sumaron los círculos monopólicos, comenzaron a proyectar una nueva «*Weltpolitik*»; es decir, un nuevo reparto colonial del mundo, fenómeno que se dio en el contexto de la transición del capitalismo de la libre competencia a la etapa monopolista. El nuevo imperio tomaba una nueva senda e intentaba revertir su tardía llegada al mundo colonial; y pronto necesitó «*alimentos para cubrir sus necesidades y equilibrar su balanza comercial con la exportación de productos semielaborados -mercancías y alimentos- y artículos de lujo*»<sup>11</sup>. Pero, materias primas, alimentos y mercados estaban en las colonias.

Ahora bien, el desarrollo del capitalismo impulsó una creciente concentración del capital y la producción, tendencia apoyada por el desarrollo de las técnicas productivas y por las nuevas experiencias internacionales, hechos que permitieron a los grandes capitalistas iniciar una rápida concentración de carácter monopólico. La moderna maquinaria y las nuevas formas de organización de la producción elevaron la productividad y la participación de la gran burguesía llegando, entre 1871 y 1900, a ocupar un tercer lugar en la producción mundial. Mientras tanto, y en forma simultánea, se expandía el capitalismo en la agricultura, con lo que se fortaleció su influencia sobre los militares y la nobleza, quienes fundamentaron los intereses en las «*posesiones de ultramar*», sobre la base de este rápido desarrollo

Pero, tras esta empresa había una racionalidad forjada por las especificidades de una tipología de desarrollo histórico que diferenció a Alemania de las otras potencias, especialmente de los

<sup>11</sup> Rössler, Hellmuth. *Deutsche Geschichte*. Betelsman Verlag, Alemania. 1961-1965. Pág., 533.

Estados Unidos de Norteamérica, Inglaterra y Francia. La vía de desarrollo que propiciaron los prusianos fue la de la «*revolution von oben*»<sup>12</sup>; es decir, el paso al capitalismo impulsado por la nobleza, la casta de los militares y la gran burguesía, sin participación de ningún otro sector de la sociedad. Esta tipología se sostuvo, indudablemente, en la cultura anterior por cuanto el militarismo alemán sustentaba una concepción de la vida social diametralmente opuesta a toda forma de relaciones democráticas. En el Estado-militarista primaban los razonamientos de autores como Schopenhauer y Nietzsche, en el campo de la filosofía; Lillienkron y Rilke en el literario, y von Clausewitz y von Moltke en el militar. Wagner y los hermanos Grimm habían sido «*adaptados*», para justificación de la teoría pangermánica. En síntesis, el militarismo alemán encarnaba la negación de toda forma de desarrollo democrático, expresión de lo cual fueron las leyes con que reprimieron al poderoso movimiento obrero alemán<sup>13</sup>.

Por otro lado, hacía parte de esta racionalidad un particular entendimiento del nacionalismo. Porque, aceptando que esta es una vía posible para comprender, desde el siglo XVII, los desgarros históricos de la humanidad, no puede dejar de señalarse que la variable germana consideraba a la nación forjada a sangre y hierro. Es el nacionalismo autoritario. Visión-de-mundo a la que se agregó una clara concepción positivista sustentada en el darwinismo social, postura que encarnó la intolerancia racial y el odio a todo movimiento de contra-poder, sea liberal democrático, anarquista o socialista.

En fin, motivada por el afán de expansión, la élite dominante inició una agresiva y audaz penetración en el mundo colonial. En esa perspectiva serían enviadas misiones al exterior con el fin de crear condiciones que permitieran la expansión germana en todos los terrenos. Los círculos dirigentes alemanes buscaban abrir relaciones y disputar el predominio a sus rivales, sobre todo a Francia e Inglaterra, los principales imperios coloniales de la época. Los continentes allende las fronteras europeas quedaron en la mira para la creación de colonias del «*Reich*». Un primer resultado exitoso en esa perspectiva fue la Conferencia del Congo (1884) en la cual Alemania legitimó sus aspiraciones colonialistas. Así, pronto logró dar forma a la expansión a través de la creación de colonias (Sud West África, Camerún, Islas Guam, Palau); semicolonias (Turquía, China y Persia), enfilando luego hacia nuestra América, resultando ser Chile el país que, por razones de su evolución histórica, mayores condiciones presentó para la consecución de los planes del imperio, esfuerzos que años más tarde también fueron orientados hacia otros países de la región, entre ellos Bolivia.

<sup>12</sup> Se conoce como «*revolución desde arriba*» al camino alemán para dar forma al capitalismo; esto es, una reforma iniciada por la nobleza feudal para impulsar la transformación.

<sup>13</sup> Paschke, Uwe K. *Universal Geschichte*. Karl Müller Verlag, Erlangen, Alemania. Pág. 542.

## II. Las oligarquías

En nuestra América, el período 1880-1930 fue el de los Estados capturados por las oligarquías. Dominio que se transformó en propicio para la presencia colonial. En otras palabras, la prusianización fue posible porque había aparecido una nueva tipología social: la sociedad oligárquica.

Entre 1850 y 1880 se preparó la escena para la irrupción de las oligarquías. En Sudamérica, ese proceso coincidió con «*la formación del Uruguay moderno*»<sup>14</sup>; «*con el arrinconamiento, hacia 1880, de los caudillos en Argentina*»<sup>15</sup>; con las últimas descargas de la guerra civil de 1891, en Chile<sup>16</sup>; con el proceso iniciado en Perú por Nicolás de Piérola, quien dio inicio a la república oligárquica, «*en medio de polvorientas calles limeñas y de cientos de cadáveres*», episodio al que también se integró Bolivia, donde luego de la derrota de 1880 se había constituido, «*el primer gobierno republicano viable de carácter oligárquico civil*»<sup>17</sup>. En otros términos, estamos frente a un cuadro histórico común para la región determinado por los países europeos, especialmente Inglaterra, que experimentaban una mayor demanda de materias primas, alimentos y mercados por los efectos combinados de la revolución industrial, la expansión colonial y el aumento demográfico de la población y, porqué no decirlo, por los propios cambios experimentados en América latina. Aquella fue una época de cambios en que las oligarquías impusieron su hegemonía, controlando y fortaleciendo al Estado y sus instituciones, legitimando la dominación con sistemas electorales censitarios en función del proyecto de dominio, para lo cual asignaron al modelo primario exportador un rol determinante para enfrentar el desafío que les asignaba la nueva división internacional del trabajo, afanes a los que contribuyó el desarrollo de la excluyente cultura oligárquica.

En efecto, ambas oligarquías muestran características similares de pensar, de sentir y de actuar socialmente. En ellas encontramos una visión-de-mundo diferenciadora que levanta estereotipos comunes de sí-mismos. Sus integrantes se retratan como galantes y distinguidos (los hombres) y elegantes y refinadas (las mujeres), con temas de conversación comunes a cuenta de escándalos, compras en Europa, moda y dinero, mucho dinero. Posesión que les permite elevarse a la calidad de clase ociosa con un claro desprecio por el trabajo y, especialmente, por el trabajo remunerado, estigmatizado como propio de los grupos subalternos; es decir, de aquellos que no cuentan con apellidos. Lo que condujo al imaginario oligárquico a elevar a un pedestal la trilogía compuesta por el linaje, la tradición y el dinero. Claro está: el apellido sólo se hereda, sólo el prototipo del nombre heredado permite salvaguardar la gloria de los antepasados. El prestigio

<sup>14</sup> Bethell, Leslie, ed. *Historia de América Latina*, Vol.10. Cambridge University Press/Grijalbo. 1997.

<sup>15</sup> *Ibidem*.

<sup>16</sup> *Ibidem*.

<sup>17</sup> *Ibidem*.

acumulado, de generación en generación, encarna los valores que configuran la tradición, por lo tanto el linaje no se compra. *Visión-de-mundo* que se acompaña con expresiones como «pureza de la sangre; sangre limpia; sangre rica», esto es la forma simbólica de sentar la ascendencia europea en un mundo donde campeaba el mestizaje. Formulación racista en la que encuentra expresión el positivismo reinante encarnado, entre otros, en el chileno Nicolás Palacios<sup>18</sup> y en el boliviano Alcides Arguedas<sup>19</sup>.

Simultáneamente con la constitución del Estado-capturado y la cosmovisión de la élite, se constituyó el modelo económico monoexportador y, desde Argentina, partió el trigo a los mercados europeos, sucediendo lo mismo con la carne uruguaya, el café colombiano, el cobre peruano, la plata boliviana y el salitre chileno. La propagación de la revolución industrial desde Europa hacia América latina aceleró la formación de un sistema económico mundial y obligó a las oligarquías a modernizarse, invirtiendo en transportes, puertos, vías férreas (infraestructura), en mejoramientos comunicacionales (telégrafos, periódicos), en mejoramientos tecnológicos (maquinarias y métodos de producción) y en calificación de cuadros dirigentes, con un mínimo de mano de obra especializada. De manera que la oligarquía debió modernizar su infraestructura; pero antes, los bolivianos debieron poner a punto sus minas de plata arruinadas por largos conflictos<sup>20</sup>, en tanto los chilenos experimentaban el arribo del capital británico y su cohorte de especuladores<sup>21</sup>. Acto seguido, ambas oligarquías debieron disputar a los accidentes geográficos la configuración de las trochas ferroviarias que, atravesando el tórrido desierto y las alturas milenarias, acercaban los preciados minerales a los bullentes puertos desde donde se consumaba el envío a la metrópolis. Fue una verdadera epopeya ligada a la construcción del Estado-capturado; una epopeya en beneficio de la oligarquía y en detrimento del desarrollo del Estado-nación y del bajo pueblo.

Porque la prosperidad no alcanzó para todos; mejor dicho, no estaba concebida para todos, sino sólo para la élite que, en el caso boliviano, se entroncó con el poder prácticamente con el derrocamiento de Hilarión Daza en favor del general Narciso Campero (diciembre, 1879), con lo cual se inició un nuevo ciclo: a instancias de la derrota de sus armas, y la consiguiente pérdida del litoral, se inició el reemplazo de los caudillos con la aparición de la nueva élite oligárquica, proceso que coincidió con la recuperación de la industria minera de la plata, lo que demandó una urgente estabilidad política para asegurar las inversiones que se necesitaban en las redes ferroviarias y en el proceso de puesta en marcha de las minas. Fue el momento justo, porque el precio de la plata comenzó a declinar en el mercado mundial; el nuevo gobierno debió financiar esta empresa por la incapacidad

<sup>18</sup> Al respecto consúltese, Nicolás Palacios. *Raza chilena*. Santiago, Chile. 1904.

<sup>19</sup> Al respecto consúltese, Alcides Arguedas, *Raza de Bronce*, González Ed. La Paz, Bolivia. 1919.

<sup>20</sup> Klein, Herbert S. *Historia general de Bolivia*. Ed. Juventud. La Paz, Bolivia. 1987. Pág. 190.

<sup>21</sup> Osorio, Jaime. *Raíces de la democracia en Chile. 1850-1970*. Bib. ERA. 1990.

<sup>22</sup> *Ídem*, Pág. 68.

del capital privado de asumirla, contexto en que la nueva élite llegó incluso a un acuerdo con capitales mineros chilenos. En suma, la «modernización conservadora» boliviana se sustentó en un partido conservador que buscó la paz, interna y externa, a todo trance, para abocarse a la empresa de inserción en el mercado mundial, otorgando de paso a Oruro y Potosí un status especial. Pero no fue todo, porque el nuevo modelo de acumulación, por necesidades de los nuevos enclaves, repotenció la agricultura produciéndose grandes cambios con la recuperación y expansión de la gran hacienda, cambio íntimamente vinculado a la expropiación de las comunidades, las grandes afectadas del modelo oligárquico.

En Chile, la transición al predominio de la fracción oligárquica venía produciéndose desde el fin de la guerra (1884), en circunstancias que el presidente Domingo Santa María se enfrentó con los miembros del Congreso que enarbolaron la «*causa del parlamentarismo*», un eufemismo de la época para recortar el poder del Ejecutivo con el objeto de acercarse al excedente salitrero. Estamos hablando de una fracción de la oligarquía que concibió la apropiación de la renta salitrera como su forma principal de reproducción, relegando a un segundo plano la producción de bienes, la competencia y la acumulación para invertir, punto de partida para el disenso que se acentuó en 1889 y 1890 cuando su sucesor, José Manuel Balmaceda, perdió la mayoría parlamentaria por su intento de «*invertir la nueva riqueza del salitre en obras públicas a gran escala, en mejoras educativas y en la modernización militar y naval*»<sup>22</sup>, esfuerzo que finalmente condujo a la guerra civil de 1891, con el consiguiente defenestramiento y suicidio del presidente y, evidentemente, con la cancelación de su proyecto.

En realidad el «oro blanco», a pesar de la expoliación británica, fue el verdadero motor de la economía chilena y la principal fuente de ingreso de la oligarquía, contribuyendo al PGB con un 30%, creando fuentes de trabajo (40.000 personas entre 1906 y 1930); sustentando el empleo gubernamental que pasó de 3.000 plazas en 1880 a 27.000 en 1919; permitiendo la supresión de una serie de impuestos (alcabala, herencias, patentes, estanco del tabaco, agrícolas, rentas y haberes inmobiliarios) lo que condujo a que la sociedad chilena se acostumbrara «*a la vigencia de bajos niveles de tributación, al mismo tiempo que crecía el gasto fiscal*»<sup>23</sup>. Como consecuencia, los inversionistas extranjeros se tornaron en determinantes, comenzando el Estado a jugar un rol protagónico debido a los ingresos tributarios de la renta salitrera, de los cuales la parte sustantiva quedó en el sector privado generando un consumo conspicuo.

En fin; el análisis comparado sugiere que en ambos países predominó un período caracterizado por la captura del Estado por

<sup>23</sup> Meller, Patricio. *Un siglo de economía política chilena (1890-1990)*. Editorial Andrés Bello. Santiago, Chile. 1996. Pág. 28.

la oligarquía, momento a partir del cual se desarrolló un modelo económico de carácter monoexportador para mejorar su inserción en la economía mundial, repotenciando a la gran hacienda de manera de sostener las demandas del enclave, encontrando apoyo en la Iglesia católica. Se trataba de mantener un tipo de dominación sustentado en la eliminación de las comunidades campesinas (Bolivia) y en la coerción permanente del movimiento popular (Chile), para lo cual se modernizaron y profesionalizaron las Fuerzas Armadas, transformándolas en una institución con la doble función de represión (interna) y soberanía (externa), en beneficio de la fracción reinante y del capital foráneo.

### III. El caso chileno

Estamos frente a una particular coyuntura histórica caracterizada por el hecho que la oligarquía tomó en sus manos la cuestión del Estado-nación, llegando a considerar que su misión era la construcción, preservación y expansión de éste; de manera que, en lo sucesivo, será la razón de Estado la consideración que guiará sus decisiones. En otras palabras, para nuestros propósitos, las Fuerzas Armadas deben entenderse como una institución al servicio de la política de Estado y no como un objeto de investigación en sí-mismo.

Por ejemplo, en Chile, la construcción del Estado oligárquico enfrentó riesgos profundos. Al finalizar la guerra de 1879 el país experimentó un ciclo de auge económico derivado de la incorporación de nuevos territorios al patrimonio nacional, operándose cambios de gran magnitud, ligados al desarrollo del capitalismo y al tránsito del proteccionismo al librecambismo; estas transformaciones incidieron en la aparición de la «cuestión social» y en la paz catastrófica derivada de la conquista de la «última frontera», es decir, los problemas provenientes de la expulsión de los araucanos de sus tierras. De manera tal que el país se vio convulsionado por conflictos de clase y étnicos. Además, en el plano externo la posibilidad de una paz duradera era poco probable porque estaban pendientes las situaciones de Tacna y Arica con Perú y con Bolivia se había firmado tan sólo una «*tregua indefinida*». Incluso los posteriores Tratados de Valparaíso (1884) y de Ancón (1889), firmados con Bolivia y Perú respectivamente, no garantizaban una paz estable. Por otra parte, todo hacía presagiar un conflicto bélico a corto plazo con Argentina. Pero, no era todo, porque Chile continuaba acumulando tensiones como fueron la tirante situación con los Estados Unidos de Norteamérica, durante las Conferencias de Arica de 1880, y la presión prove-

niente con Inglaterra, porque como señalaba el historiador Benjamín Vicuña Mackenna, «*nuestra vecindad al Cabo de Hornos ha hecho de que en estos últimos tiempos la Inglaterra arroje ávidas miradas sobre nuestras costas*».

En suma, para la expansión y consolidación de Estado era imperativa una nueva fuerza militar: por los problemas geopolíticos; por la herencia de una guerra no lejana; por la posibilidad de una guerra con Argentina y por el doble conflicto interno, es decir, por la emergencia del movimiento obrero y la expansión del «*colonialismo interno*» en la zona fronteriza. Situaciones de alta tensión y riesgo, habida cuenta que no existía una policía nacional y que, como señalara Patricio Lynch, las Fuerzas Armadas no estaban en condiciones de “*pasar del pie de paz al pie de guerra*”, condiciones bajo las cuales se inició la búsqueda de la fuente de recambio encontrándola en la Alemania Imperial, cuya significación internacional había recibido un gran espaldarazo con el triunfo en la guerra franco-prusiana de 1871 y con su arrollador ingreso a la escena económica mundial, a lo cual debe agregarse el encandilamiento de parte importante de la oligarquía chilena con la ciencia y cultura alemanas<sup>24</sup>.

Bajo estas circunstancias, el grupo dominante concibió para el manejo del Estado una eficiente relación exterior apoyada en un fuerte aparato de disuasión, que recurrió en el plano interno a la coerción abierta, encontrando en la fuente germana la respuesta a sus aspiraciones; de esta manera, ya en las postrimerías del gobierno de Domingo Santa María se encargó al Director de la Escuela Militar, el general Emilio Sotomayor, la contratación de un oficial alemán con el objetivo de realizar labores de asesoramiento y para remozar la estructura orgánica y combativa del Ejército, iniciándose el largo período de la presencia alemana en el Ejército chileno<sup>25</sup>. Ciclo que se inició en 1885 con el traslado a Chile desde Alemania del Hauptmann Emil Körner<sup>26</sup>; continuando en 1891 con motivo de la guerra civil<sup>27</sup>; asentándose entre 1893 y 1917, con el arribo de un gran número de instructores prusianos<sup>28</sup>; se interrumpe por las contingencias de la primera guerra mundial y se reanuda, a partir de 1927, aunque esta vez con el aditivo de la geopolítica, influencia que duró hasta avanzada la segunda guerra mundial<sup>29</sup>.

Los instructores prusianos reorientaron la formación militar; prontamente se estatuyó que los centros de instrucción serían la Academia de Guerra, la Escuela Militar, la Escuela de Suboficiales, la Escuela de Caballería y la Escuela de Tiro y Gimnasia, destinando para el más importante de estos centros, la Academia de Guerra, a siete oficiales «*asimilados*» (así se llamó en el lenguaje militar a los oficiales instructores prusianos), los que inauguraron varias disciplinas inéditas hasta ese momento en el país como:

<sup>24</sup> Véase, *Revista chilena de Historia y Geografía*, N° 1. Santiago, Chile. 1911. Pág. 143.

<sup>25</sup> Quiroga, Patricio, «*El prusianismo en las Fuerzas Armadas chilenas*», En *Cuadernos de Orientación*. Ed. Eduardo Charmé. Alemania. 1983. Pág. 63.

<sup>26</sup> Quiroga, Patricio y Maldonado, Carlos. *Op. cit.*

<sup>27</sup> *Ibidem*.

<sup>28</sup> *Ibidem*.

<sup>29</sup> *Ibidem*

Juegos de Guerra, Servicio de Estado Mayor, Historia Militar y Táctica. En lo sucesivo, los manuales de instrucción serían importados desde Alemania, considerándose obligatorio el estudio del idioma alemán y, para remachar esta tendencia, los alemanes abrieron las puertas de sus propias academias para recibir a 150 oficiales chilenos entre 1891 y 1913, despliegue que tuvo en la entronización de la disciplina prusiana su mayor logro. Estos cambios fueron acompañados por el uso del yelmo, el uniforme y el monóculo, además de la música del romanticismo alemán que, en adelante, dio brillo a la cortesía y los giros militares<sup>30</sup>.

Otra transformación importante fue la imposición de un nuevo tipo de organización, empresa iniciada ya durante la guerra civil de 1891, cuando Emil Körner ligó su suerte con las fuerzas que combatieron al gobierno de José Manuel Balmaceda<sup>31</sup>. Las posibilidades de guerra con Argentina (1901) también incidieron en esa dirección, hasta que finalmente se llevó a cabo la «*gran reorganización*» de 1906, cuando «*el Supremo gobierno resolvió dar al ejército, especialmente a sus escalones superiores, una organización basada en el modelo alemán*»<sup>32</sup>, reorganización que abarcó los planos de la estructura y una peculiar dislocación de fuerzas concebida para contener la denominada «quinta columna» (que años más tarde se llamará «enemigo interno»). Claro que la reorganización, la falta de una industria militar y los problemas limítrofes operaron otro cambio como fue la transformación del país en un mercado comprador de armas lo que, al decir del especialista francés Alain Joxe, permitió que Londres y Berlín pudieran «*absorber en provecho de la siderurgia europea, parte del maná de rentas que la explotación del salitre proporcionaba al Estado chileno*»<sup>33</sup>. No fue todo, porque simultáneamente floreció una nueva ideología portadora de novedosas ideas-representaciones y actitudes-comprometimientos, apareciendo también una nueva visión-de-mundo<sup>34</sup>.

Consolidada esta tendencia, sobrevinieron cambios en las funciones y la doctrina. Ahora las Fuerzas Armadas pasaron a constituir un importante aparato del Estado, cuya profesionalización condenó a la desaparición de la Guardia Nacional. Las Fuerzas Armadas profesionalizadas se convirtieron, al decir de Manuel Galich, en el «*brazo abiertamente masacrador del Estado oligárquico*»<sup>35</sup>, asegurando la acumulación capitalista, a través de mantener a raya a la clase obrera, sometiendo a los araucanos, secundando a la élite en la organización del predominio económico del capital extranjero y cumpliendo funciones técnico-educativas que contribuyeron al desarrollo educacional y profesional de la población civil pobre, propósito mermado por un evidente paternalismo y por la introducción de consideraciones ideológicas.

Ahora bien, es indudable que la oligarquía tuvo éxito en la empresa de construcción del Estado en que se empeñó y, aunque

<sup>30</sup> Quiroga, Patricio. «*Prusianización a paso de ganso*». Mimeo. Santiago, Chile. 1986.

<sup>31</sup> Quiroga, Patricio. «*El prusianismo en las Fuerzas Armadas chilenas*». Op. cit. Pág. 70.

<sup>32</sup> Op. cit. Pág. 76.

<sup>33</sup> Joxé, Alain. *Las fuerzas armadas en el sistema político chileno*. Ed. Universitaria. Santiago, Chile. 1972. Pág. 50.

<sup>34</sup> Aquí asumimos el concepto acuñado por la historiografía francesa de la Escuela de los Anales.

<sup>35</sup> Galich, Manuel. *La oligarquía masacradora y su brazo armado*. En *Tricontinental* N° 38. La Habana, Cuba. 1974. Pág. 8.

la participación prusiana no puede entenderse como determinante, debe reconocerse que constituyó un importante apoyo disuasivo a la gestión diplomática. Por ejemplo para los EEUU, la presencia germana frenaba la influencia inglesa en la marina chilena, de manera que, a pesar de un grave incidente diplomático<sup>36</sup>, las relaciones se distendieron sobre la base de la Doctrina Monroe; lo mismo sucedió con Inglaterra, estableciéndose una relación comercial de sumo favorable para ésta, la cual aseguró el monopolio mundial del salitre, riqueza existente en grandes cantidades sólo en Chile y la India, su principal colonia. Además, después de la ocupación y expansión en la Araucanía, Chile era un país unificado de norte a sur, asegurando así su soberanía; con Bolivia la situación también se distendió después del Tratado de Ancón, por una razón: su oligarquía necesitaba concentrarse en la reconstrucción y en resistir los embates de peruanos, argentinos y, especialmente brasileños, envueltos en litigios de poder y territorio; las relaciones con Perú también se distendieron por las necesidades de la reconstrucción y por la situación que afectó su relación con Inglaterra y Francia<sup>37</sup>; e, incluso, el conflicto con Argentina fue atemperado por la cesión de la Patagonia y la colaboración fronteriza para enfrentar «la expansión del desierto» y «la pacificación de la Araucanía».

En el plano interno, la contribución militar también fue eficiente. Recordemos que después de la Guerra del Pacífico, o del Salitre, Chile se transformó en propietario de una de las regiones mineras más ricas del planeta, abriéndose una época de inusual prosperidad, al extremo que, según L. Thurow<sup>38</sup>, pasó a constituir una de las naciones más promisorias desde el punto de vista del desarrollo de la época. Sin embargo, la prosperidad no alcanzó a todos sus ciudadanos, por lo cual los sectores populares comenzaron a organizarse para presentar sus demandas y a dar forma a sus luchas, a partir de mediados de los ochenta. En otras palabras, bastaron unos pocos años de lujo y opulencia oligárquica para que en forma proporcional empeoraran las condiciones de vida de la mayoría, raleando los trabajos para los estratos populares -los que por lo demás habían conquistado los nuevos territorios gracias a una especie de *élan* nacional que los llevó a alistarse masivamente a pesar de las dudas iniciales-, factores agravados por la crisis del papel moneda. En suma; sólo en los diez años que median entre 1880 y 1890 se dieron 94 protestas sociales, especialmente en los centros mineros, portuarios y principales ciudades; principales actores de las movilizaciones fueron los ferroviarios, tipógrafos, carrilanos, fleteros, panificadores, calicheros, mancomunados en acciones que iban desde la reivindicación y el diálogo hasta la acción directa y la huelga nacional. En fin, como ha demostrado S. Grez, «desde la segunda mitad de la década de 1880 la huelga obrera se transformó en un fenómeno corriente en las

<sup>36</sup> Collier, Simon y Sater, William F. *Historia de Chile, 1808-1994*. Cambridge University Press. 1998. Pág. 170.

<sup>37</sup> Roel, Virgilio. «Drama y Tragedia en la guerra del guano y del salitre». En *Documentos de Economía, Año 1, N.º 2*. Lima, Perú. 1982.

<sup>38</sup> Lester Thurow. *La guerra del siglo XX*. Vergara Editor. 1992. Pág. 238.

*principales ciudades y en la región minera del norte, especialmente en la provincia de Tarapacá»<sup>39</sup>.*

Por otra parte, no puede perderse de vista un fenómeno, recientemente expuesto por F. Fischer, quien afirma que mientras que la población aumentó entre 1882 y 1904 en un 10.25%, la proporción de los reclusos aumentó en un 181%. En 1902, Tarapacá tenía 6.550 presos (6.4% de la población), Valparaíso 9.456 (3.8%), Antofagasta 1.476 (2.8%), Tacna 792 (2.79%) y Santiago 12.356 (2.5%), caracterizándose como el principal de los delitos el que atentaba contra la propiedad (22.2% en 1906 y 20.8% en 1922). Ahora bien, si se toma en cuenta que la policía apareció como institución del Estado en 1927, en reemplazo de las Policías Municipales y Prefecturas, quien se hizo cargo de controlar y reprimir al «rotaje» y el bandillaje fue el Ejército.

El pueblo mapuche<sup>40</sup> fue el otro gran afectado. Al respecto, debe tenerse en cuenta que entre 1869 y 1891 la expansión del Estado nación chileno derivó en una fuerte acometida, agresión que no se detuvo sino hasta 1891 cuando fue doblegado el alzamiento general de ese año, a consecuencia de lo cual, según un decir de la época, «los ríos corrieron rojos de sangre»; no es para menos si se toma en cuenta que las experimentadas tropas que habían combatido contra Perú y Bolivia eran enviadas directamente a la zona fronteriza para mantener las operaciones a que daba lugar la expansión colonial interna.

Después vino la derrota mapuche, las hambrunas y las pestes. Y llegaron los colonos, los industriales, los especuladores y los ejércitos que ocuparon toda la región. Las tierras fueron repartidas, convirtiéndose en el soporte de la expansión hacia el norte. La usurpación, la violencia y el despojo se convirtieron en la norma, acciones secundadas por la acción del nuevo credo ideológico impuesto por el propio Emil Körner quien, desde los cánones raciales de la época, descalificó al indígena<sup>41</sup>, contribuyendo a la mutación de este desde su pedestal de «altivo araucano» a un «bárbaro y sanguinario salvaje»; por consiguiente, la carga positivista de la teoría del buen salvaje acompañaría desde ese momento a la república oligárquica.

En suma; la presencia prusiana fue importante tanto en términos del remozamiento del Ejército como por la contribución prestada a la construcción del Estado oligárquico. El modelo alemán fue, sin lugar a dudas, exitoso. Elevó la eficiencia del Ejército, constituyéndolo en una de las principales instituciones de la nación en la construcción de Estado y proyectó desde Chile el prusianismo por la región, llegando a perdurar su influencia hasta avanzada la década del sesenta del siglo XX, a lo menos. Su gran déficit residió en que impidió la unidad nacional al optar por un apoyo irrestricto a la estrategia de desarrollo impuesta

<sup>39</sup> Sergio Grez. *De la regeneración del pueblo a la huelga general*. Ed. RIL. Santiago, Chile. 1998. Pág. 569.

<sup>40</sup> José Bengoa. *Historia del pueblo mapuche*. Ed. SUR. Santiago, Chile. 1985.

<sup>41</sup> Körner, Emil. «Die historische Entwicklung der chilenischen Wehrkraft». En *Beiheft zum Militärwochenblatt*, Vol. 5. Berlín, Alemania. 1910. Pág. 158.

por la oligarquía a través de un específico modelo político (excluyente), económico (monoexportador) y cultural (de corte racista).

#### IV. El caso boliviano

Como señala H. S. Klein, “1880 marcó un importante viraje en la historia boliviana”<sup>42</sup>. En efecto, fue el año de la derrota de sus armas, de la pérdida del litoral y de Chuquicamata -la rica mina de cobre- y de una severa humillación nacional, la parte más visible de la tragedia. Sin embargo, también fue el año del ascenso de la oligarquía al poder, con el consiguiente reemplazo de los antiguos caudillos, inaugurándose un ciclo histórico que perduró hasta 1936.

Sin embargo, la construcción del Estado oligárquico boliviano en modo alguno puede entenderse como el resultado de la guerra con Chile, sino también como una conjunción de factores internos. Hacia 1880 maduró la tendencia oligarquizante, que venía observándose desde alrededor de 1850 y que sacó de su postración a la industria minera de la plata, inaugurando un ciclo que convirtió a Oruro y Potosí en fulgurantes polos económicos y políticos, contexto en el cual ágilmente la oligarquía minera mecanizó y electrificó sus minas e incorporó capital chileno, vía por la cual fue presionado el gobierno en Santiago para que las indemnizaciones de guerra se tradujeran en la construcción de ferrocarriles<sup>43</sup>; variable histórica que impulsó a la oligarquía a organizarse políticamente con el objetivo de romper, para luego controlar, el monopolio de las ventas al exterior que ejercía el gobierno. Esta función la asumió una de sus creaciones, el Partido Conservador, el que prontamente trasladó al gobierno la misión de financiar las vías férreas necesarias para sacar la producción minera a los puertos de embarque rumbo a Europa, operaciones que, por cierto, requerían de estabilidad política. Pero, la recuperación económica y la estabilidad política tuvieron un explosivo resultado social, porque el crecimiento de Oruro y Potosí demandó infraestructura, víveres y mano de obra, lo que catapultó la recuperación de la gran hacienda; de esta manera, la agricultura comercial experimentó un salto sin precedentes en más de medio siglo, auge dinamizado, además, por las nuevas conexiones ferrocarrileras.

Empero, al igual que en el resto de nuestra América la acumulación benefició al núcleo oligárquico y, aún más, fue en directo detrimento de las comunidades campesinas, las que fueron sometidas a un bárbaro despojo revestido de toda clase de coacción

<sup>42</sup> Klein, Herbert S. *Op. cit.* Pág. 189.

y argucias legales. Pronto la oligarquía minera ofreció incentivos para su desbaratamiento, “*dando por buena la tesis elaborada por ella de que las comunidades constituían un sistema anacrónico de propiedad de la tierra y una barrera contra la integración social, la élite recurrió a las clásicas ideas liberales decimonónicas sobre la necesidad de un campesinado libre que poseyera directamente (es decir, individualmente) la tierra. En los años ochenta impuso a las comunidades un sistema de compra directa de la tierra en el que los títulos de propiedad correspondían a individuos y no a la comunidad. La creación forzada de un ‘campesinado indio’ individualista con títulos de iure permitió a los hacendados quebrar el control de facto de las comunidades mediante la compra de unas pocas parcelas, destruyendo la cohesión comunitaria*”<sup>44</sup>. Luego vinieron los abogados, los especuladores, la milicia. Y, también la insurrección. Fenómeno que tuvo características permanentes<sup>45</sup>, como permanente fue también el hecho de que «*estas rebeliones fueron brutalmente reprimidas con el envío de unidades militares a los distintos cantones y el apresamiento y muerte de centenares de indígenas*”<sup>46</sup>.

Muertes que, en nombre de la expansión civilizatoria, se constituyeron en un lugar común de las oligarquías. Quechuas y aymaras fueron sistemáticamente destruidos con el argumento de la presión de la civilización sobre la barbarie. En otras palabras, el genocidio se ejerció sobre considerandos positivistas importados de Europa, ya que, en ese período, “*las culturas de las élites gobernantes e intelectuales de América Latina es íntegramente occidental*”<sup>47</sup>. Considerandos, claro está, que limados de cualquier arista liberal posibilitaron la salida racista, llegando a considerarse a la América hispánica como una verdadera “*torre de Babel racial*”<sup>48</sup>, impureza de la cual se desprenden los atributos del cholo y del indio: la arrogancia, la tristeza y la pereza, fundamentos teóricos que según Benjamín Carrión<sup>49</sup> llevaron a Alcides Arguedas a comentar con compasión “*de no haber predominio de sangre indígena, desde el comienzo habría dado el país orientación conciente a su vida, adoptando toda clase de perfeccionamiento en el orden material y moral*”. Dicho de otro modo, la oligarquía adaptó consideraciones racistas para justificar su política de predominio y de progreso.

La visión-de-mundo, justificadora del etnocidio, fue lo suficientemente flexible para adaptarse al cambio de dominio producido desde 1899. En otros términos, de este mecanismo dependieron por igual el ciclo de la plata y el del estaño. A partir de 1899, la pugna intraoligárquica condujo al enfrentamiento entre los liberales afincados en La Paz y los conservadores federalistas de Potosí y Sucre, revuelta culminada con un alzamiento en que los liberales llegaron a fomentar la participación indígena, para luego desarmar a las montoneras y terminar eje-

<sup>43</sup> Florescano, Enrique (coord.). *Orígenes y desarrollo de la burguesía en América Latina, 1700-1955*. Ed. Nueva Imagen. México DF, México. 1985. Pág. 357.

<sup>44</sup> Klein, Herbert S. *Op. cit.* Pág. 193.

<sup>45</sup> Condarco, Ramiro. *Zárate, el Temible Willka. Historia de la rebelión Indígena de 1899*. La Paz, Bolivia. Talleres Gráficos Bolivianos. 1966.

<sup>46</sup> Florescano, Enrique. *Op. cit.* Pág. 369.

<sup>47</sup> Bethell, Leslie, ed. *Historia de América Latina. Vol. VIII*. Cambridge University Press/ Grijalbo. Págs. 1 a 64.

<sup>48</sup> Bunge, Mario. *Nuestra América*. Barcelona, España. 1903.

<sup>49</sup> Carrión, Benjamín. *Los creadores de la Nueva América*. Ed. Soc. Gen. Española de Librería. Madrid, España. 1928. Pág. 184.

cutando a sus jefes. Así, el nuevo siglo coincidió con el surgimiento de la nueva industria minera del estaño, con la coronación de una nueva fracción oligárquica reinante, sustentada también en el estaño<sup>50</sup>, con una nueva fuerza política representada en los liberales y una nueva generación de abogados y «letrados» que se hizo cargo de los asuntos de la nueva fracción -me refiero a «la rosca»- circunstancias en que la situación boliviana se tensó extraordinariamente cundiendo la insurrección, la que tuvo la respuesta represiva de siempre<sup>51</sup>, agravándose la ya precaria situación porque coincidió con la presencia de factores geopolíticos.

Los conflictos de la élite con el bajo pueblo, y especialmente con las comunidades, no fue el único problema a resolver, por cuanto también estaba presente el conflicto con Chile y el problema no resuelto de la mediterraneidad, por la ingerencia de peruanos y argentinos en los conflictos políticos internos y por los problemas limítrofes con Brasil y Paraguay. La situación interna y externa de Bolivia a principios del siglo XX fue increíblemente complicada. Los conflictos entre los ricos propietarios de minas en el sur y su capital Sucre con los comerciantes avecindados en La Paz, condujo a una violenta y sangrienta escalada en 1898 en que, los rebeldes del norte (La Paz) vencieron, armados por Perú, al Gobierno, armado por Argentina. Lo que implicó para Bolivia problemas geoestratégicos con Perú, Argentina, Paraguay, Brasil y Chile.

Pero, militarmente hacia 1900 la situación había empeorado. Faltaban ropa, instrucción, escuelas; el personal militar era de 2000 soldados; la situación continuaba como en 1875, es decir con carencias de fuerzas y medios. Condiciones bajo las cuales comenzó la reorganización militar, volcándose los ojos hacia Francia en 1894 y luego hacia Argentina y Chile, donde fueron enviados tres oficiales. Años más tarde llegaron los oficiales von Plotho y von Vakano; para finalmente arribar, durante la administración del Presidente Eleodoro Villazón, una misión alemana dirigida por Hans Kundt.

Pero, ya era tarde. A las políticas de modernización de las Fuerzas Armadas se oponía un factor estructural. La alianza entre oligarcas mineros y gamonales había impedido la incorporación de Bolivia al proceso de industrialización, convirtiendo al grupo minero/gamonal en una traba para el desarrollo de la burguesía, hipotecando el desarrollo de la nación y, aún más, poniendo en riesgo la existencia misma de Bolivia por la debilidad con que enfrentó crisis geopolíticas en un momento de expansión-hacia-afuera de los Estados-naciones latinoamericanos; confrontaciones graficadas en el enfrentamiento directo con Brasil y Paraguay e indirecto con Perú y Argentina, a lo que se sumó la amenaza permanente de la rebelión de las comunidades y la del movimien-

<sup>50</sup> Mitre, Antonio. *Bajo un cielo de estaño: fulgor y acoso del metal en Bolivia*. Asoc. de Mineros Medianos/ILDIS. La Paz, Bolivia. 1993. También consúltese a Sergio Almaraz. *El poder y la caída, El estaño en la historia de Bolivia*. Ed. Los Amigos del Libro. La Paz, Bolivia. 1976.

<sup>51</sup> Flores, Gonzalo. «Levantamientos campesinos durante el período liberal». En Fernando Calderón y Jorge Dandler (ed). *Bolivia la fuerza histórica del campesinado*. Cochabamba, Bolivia. 1984.

to popular urbano, circunstancias en las que se entendió la necesidad de modernizar y profesionalizar el ejército, opción bajo la cual se inscribió el proceso de prusianización de las Fuerzas Armadas bolivianas.

La integración de personal militar alemán tuvo directa relación con la mantención coercitiva de un dominio precario amenazado por conflictos intraoligárquicos, geopolíticos, étnicos, sociales y económicos. Por eso la profesionalización del ejército resultó tan caótica como la construcción del Estado, a lo cual contribuyó la propia Alemania enviando al país andino misiones de segundo orden. La misión que llegó en 1911, al mando del mayor Hans Kundt, estaba integrada por tres capitanes, un teniente y trece sargentos, faltando en ella, *“profesores de institutos, oficiales de Estado Mayor, de tropas técnicas, de administración, etc., etc.; es decir, o Alemania no concedió ninguna importancia al pedido de Bolivia o los que intervinieron en las gestiones no sabían lo que pedían”*<sup>52</sup>.

No obstante, las carencias de la instrucción fueron suplidas con la atención que se dispensó a la instrucción del oficial subalterno y del soldado aislado y a las escuadras, secciones y compañías, pero sin proyectarse a batallones y regimientos. Nada de esto fue detectado a tiempo, pudiendo el pueblo presenciar vistosas paradas al son de las marchas y de los vistosos cascos y uniformes de corte prusiano. Así, en 1914 terminó el contrato de la misión sin haber logrado sus objetivos de preparación de una eficiente defensa nacional, no obstante lo cual se intentó renovar infructuosamente el contrato hasta 1917.

En 1921 volvieron los militares alemanes, en circunstancias que *“el ejército había sido profundamente conmovido en su base disciplinaria con motivo de la revolución operada en 1920. Aún continuaba latente el espíritu revolucionario que amenazaba hundirlo en la anarquía. En aquellos momentos hacia falta un conductor de prestigio y de volumen, capaz de guiarlo bajo la bandera del orden, de la normalidad y de la disciplina”*<sup>53</sup>. Ese hombre era Hans Kundt; quien había manifestado su deseo de dedicarse a actividades de tipo comercial, sector en el que florecían las riquezas de muchos de sus compatriotas; al respecto debe señalarse que la presencia de “súbditos del Reich” es anterior, y se caracterizaba por una gran influencia en el área del comercio de importación-exportación<sup>54</sup>. Sin embargo, el 9 de febrero de 1921, Kundt firmaba nuevamente contrato para desempeñarse en la milicia, contrato renovado sucesivamente en 1925 y 1929. Pero las perspectivas de Kundt no eran estrictamente militares; de hecho entró de lleno a participar en la contingencia política desde el momento en que aceptó el nombramiento de Ministro de Guerra, con lo que dejó de lado la misión de modernizar el Ejército; esto fue denunciado por la Comisión Revisora nombrada en 1926, refrendada en 1928, con

<sup>52</sup> Díaz Argüelles, Julio. *Op. cit.* Pág. 762.

<sup>53</sup> *Ibidem.* Pág. 765.

<sup>54</sup> *Ibidem.* Pág. 770.

una severa acusación que afirmaba que el general Kundt no había hecho “*todo lo que se relaciona con la defensa militar del país*”, craso error que Bolivia pagó un par de años más tarde. De manera que el gobierno, acicateado por esta circunstancia, contrató en 1927 un nuevo grupo de oficiales alemanes en Danzing, trasladándose a Bolivia un teniente coronel, dos mayores, cinco capitanes y doce suboficiales<sup>55</sup>.

Pero, la Guerra del Chaco fue el despertar del sueño, “*derrumbó el mito de la modernización y nacionalización del Ejército erigido por liberales, republicanos y nacionalistas entre 1900 y 1932*”<sup>56</sup>; veintitrés años de influencia alemana se habían estrellado contra la realidad que impuso el avance de Paraguay en los páramos del Chaco.

## V. Palabras finales

Es evidente que ambos procesos se desarrollaron con diferente resultado: exitoso en Chile y negativo en Bolivia; experiencias que, sin embargo, muestran elementos comunes desde un punto de vista historiográfico.

En primer lugar, ambos procesos se enmarcaron en la nueva constelación internacional de fuerzas que catapultó la guerra de 1879. El acto bélico rompió el balance de poder regional, iniciándose una reorganización total en América Latina, siendo uno de sus aspectos más notables la profesionalización de los ejércitos, los que fueron orientados a mantener el equilibrio geopolítico y el orden interno. Hacia los ochenta existieron condiciones para la expansión prusiana porque estaban conformadas las élites que se beneficiarían con su arribo, encontrándose además en plena ebullición las tensiones fronterizas y los problemas de dominio interno que permitieron a los Estados europeos intentar transformar a los países sudamericanos en cuasi colonias, a través de una activa presencia de misiones comerciales, militares, culturales y científicas. La profesionalización castrense se produjo, entonces, en el contexto de la expansión capitalista y colonial europea y de la conformación de las oligarquías latinoamericanas empeñadas en la construcción, defensa y expansión del Estado-nación; de manera que factores de orden interno y externo acicatearon la profesionalización de las Fuerzas Armadas para jugar un rol disuasivo (externo) y represivo (interno). Razón por la cual la historia de las Fuerzas Armadas del período no pueden extrapolarse de la tendencia histórica general, como sugieren recientes estudios de militares<sup>57</sup>.

En segundo lugar, producto de estos procesos, nuestras Fuerzas Armadas experimentaron cambios importantes, a saber: la

<sup>55</sup> Quintana, Juan R. «*El derrumbe del prusianismo en la guerra del Chaco*». En *Episodios de la guerra*. La Paz, Bolivia. 1999.

<sup>56</sup> Quintana, Juan R. *Op.cit.*

<sup>57</sup> Arancibia, Roberto. «*Los alemanes y el ejército de Chile*». En *Política y Estrategia*. Santiago, Chile. 1995.

oficialidad respondió en lo sucesivo a las oligarquías; se produjeron cambios en la instrucción; se impuso un nuevo tipo de organización; Bolivia y Chile se transformaron en mercados de armas y floreció una nueva visión-de-mundo. Estos cambios fueron delicados porque operaron en sociedades muy estratificadas, social y racialmente, subdesarrolladas económicamente, con alta centralización y concentración del capital, con exclusión de las mayorías por la existencia de sistemas políticos débiles y formales y por sistemas culturales cerrados, situación que condujo a un profundo desencuentro entre las Fuerzas Armadas y el mundo popular.

En tercer lugar, en Fuerzas Armadas que se convirtieron en factor de poder al servicio de la oligarquía, aparecieron rasgos de una mentalidad colectiva autoritaria impulsada por una visión-de-mundo caracterizada, en el nivel político, por haber asumido (en el nivel de la oficialidad) el rol de una fuerza profesionalizada al servicio del Estado; en el nivel jurídico, fueron dotadas del recurso al empleo legítimo de la violencia; en el nivel filosófico adoptaron el criterio de la libre empresa; en el nivel de los hábitos, adoptaron el uniforme, yelmo, monóculo, la cortesía militar y el principio básico de la racionalidad prusiana, el de orden-y-ejecución. En el nivel de las costumbres, comenzó la adoración de los símbolos nacionales y el recuerdo de efemérides con el objetivo de mantener el orden y la tradición, todo ello acompañado con el rechazo a la idea del cambio social, al que identificaban con los conceptos de anarquía, corrupción, desorden y socialismo. El resultado fue una visión-de-mundo que admiró el autoritarismo de Estado, las tendencias hacia la mirada racista y una agresiva postura contra toda forma de progresismo social, imponiéndose la lectura positivista en torno a las ideas de decadencia y de inferioridad desde supuestos raciales.

En otras palabras, a partir de este momento las Fuerzas Armadas profesionalizadas adquirieron una visión-de-mundo proclive a la formación de una mentalidad autoritaria, lo que explicaría el cuartelazo (ayer) y el golpe de Estado institucional (hoy).